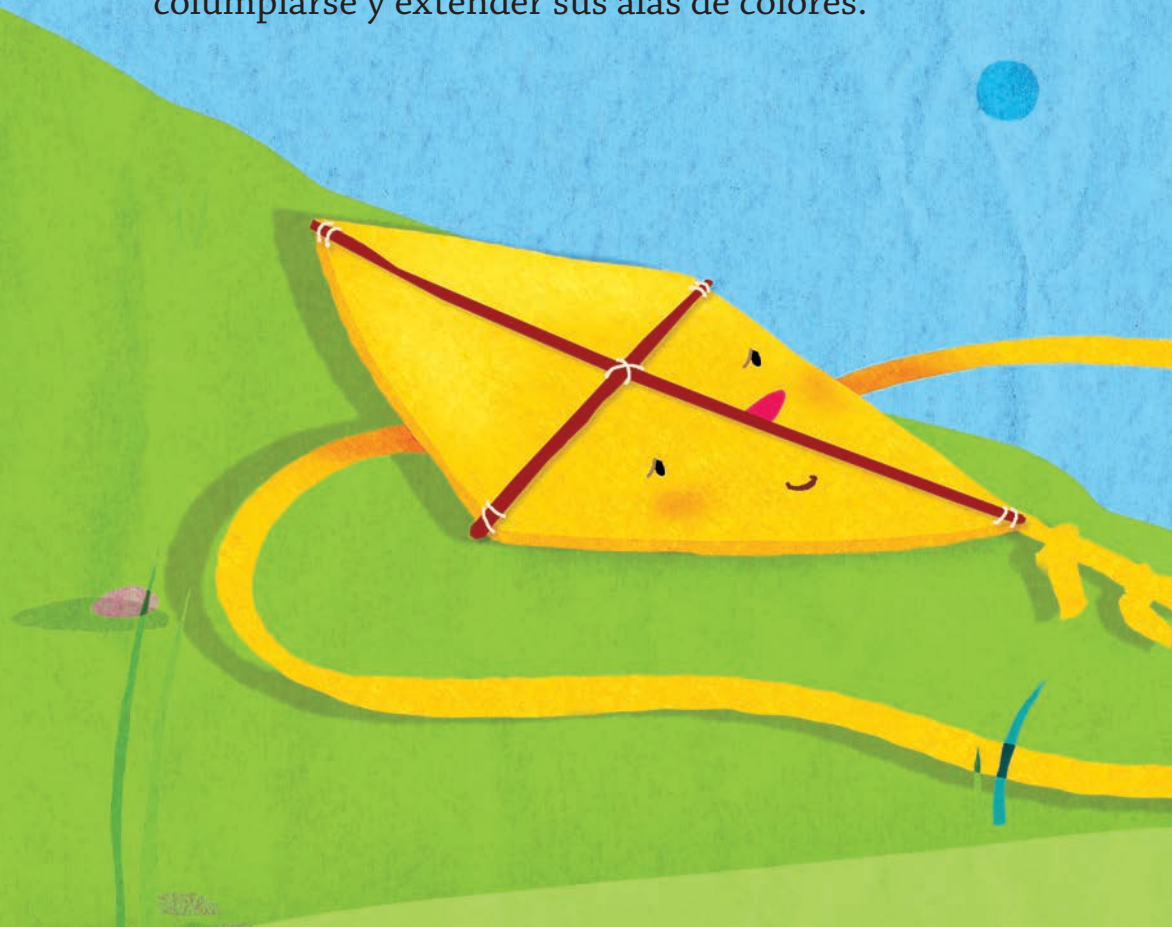
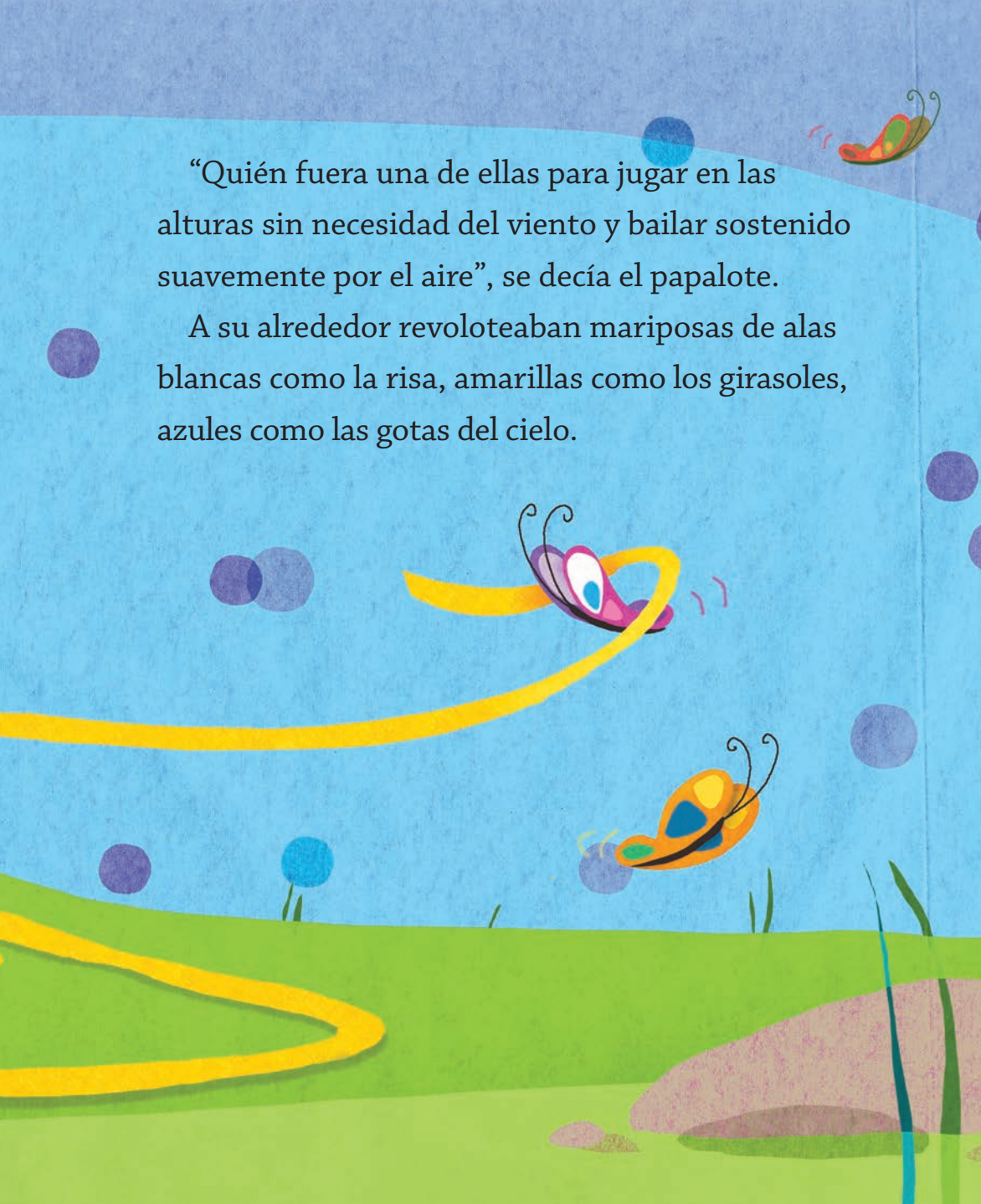


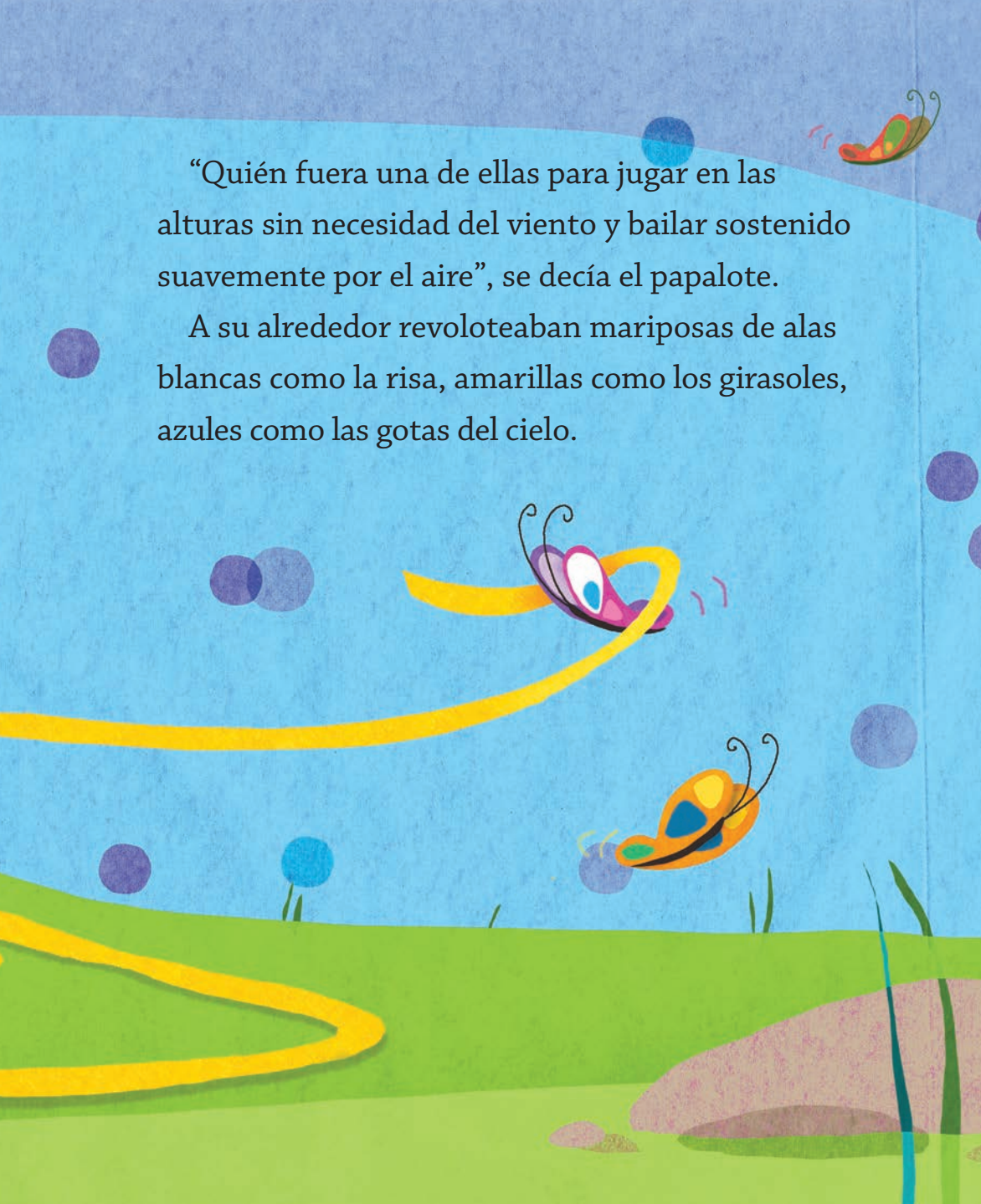
Allá arriba del monte no soplabá el viento.
La hierba quieta y tiesa se alineaba como
un ejército de soldados con sus rifles
apuntando al cielo. El papalote descansaba
en la tierra mientras veía a las mariposas
columpiarse y extender sus alas de colores.

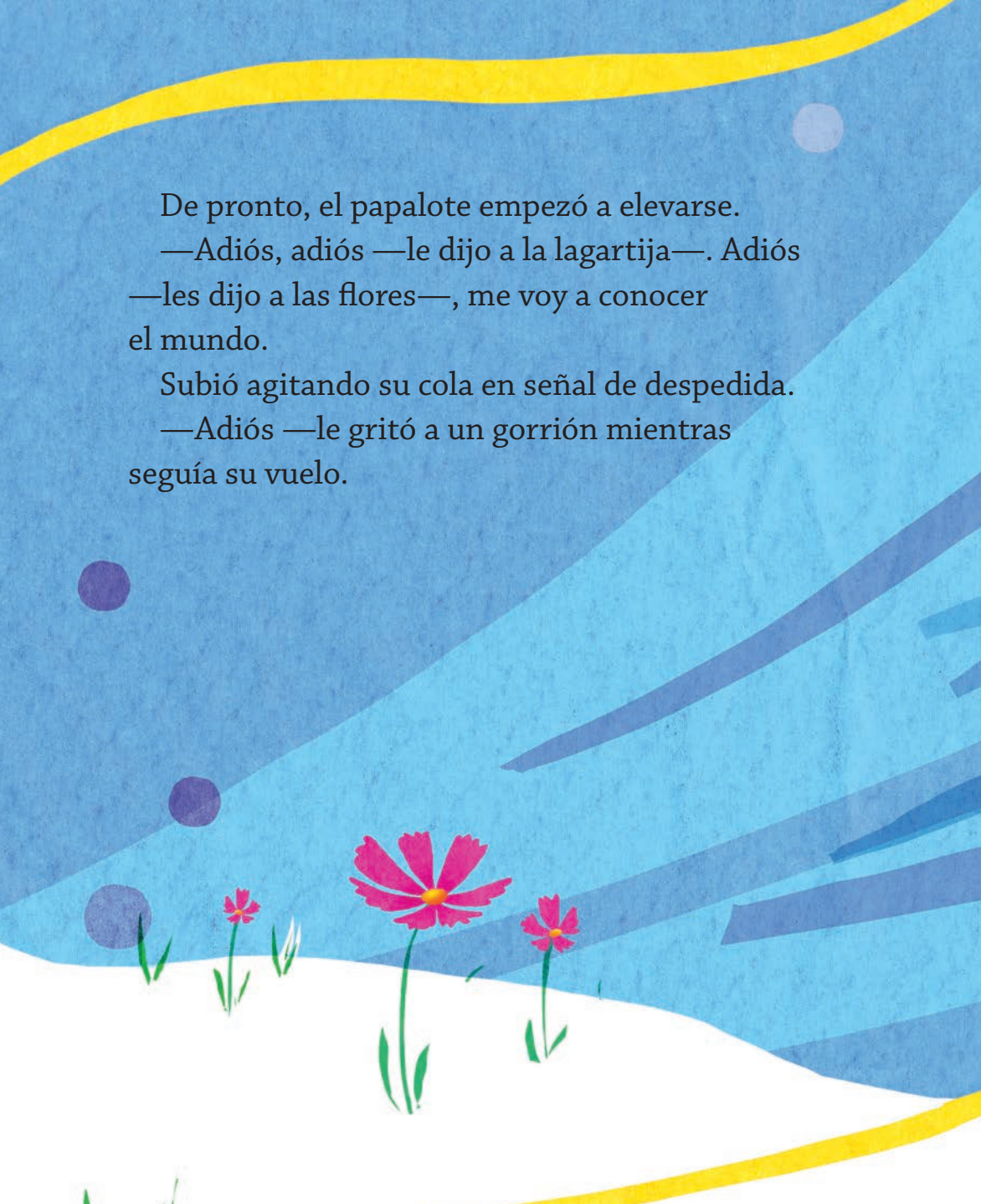




“Quién fuera una de ellas para jugar en las alturas sin necesidad del viento y bailar sostenido suavemente por el aire”, se decía el papalote.

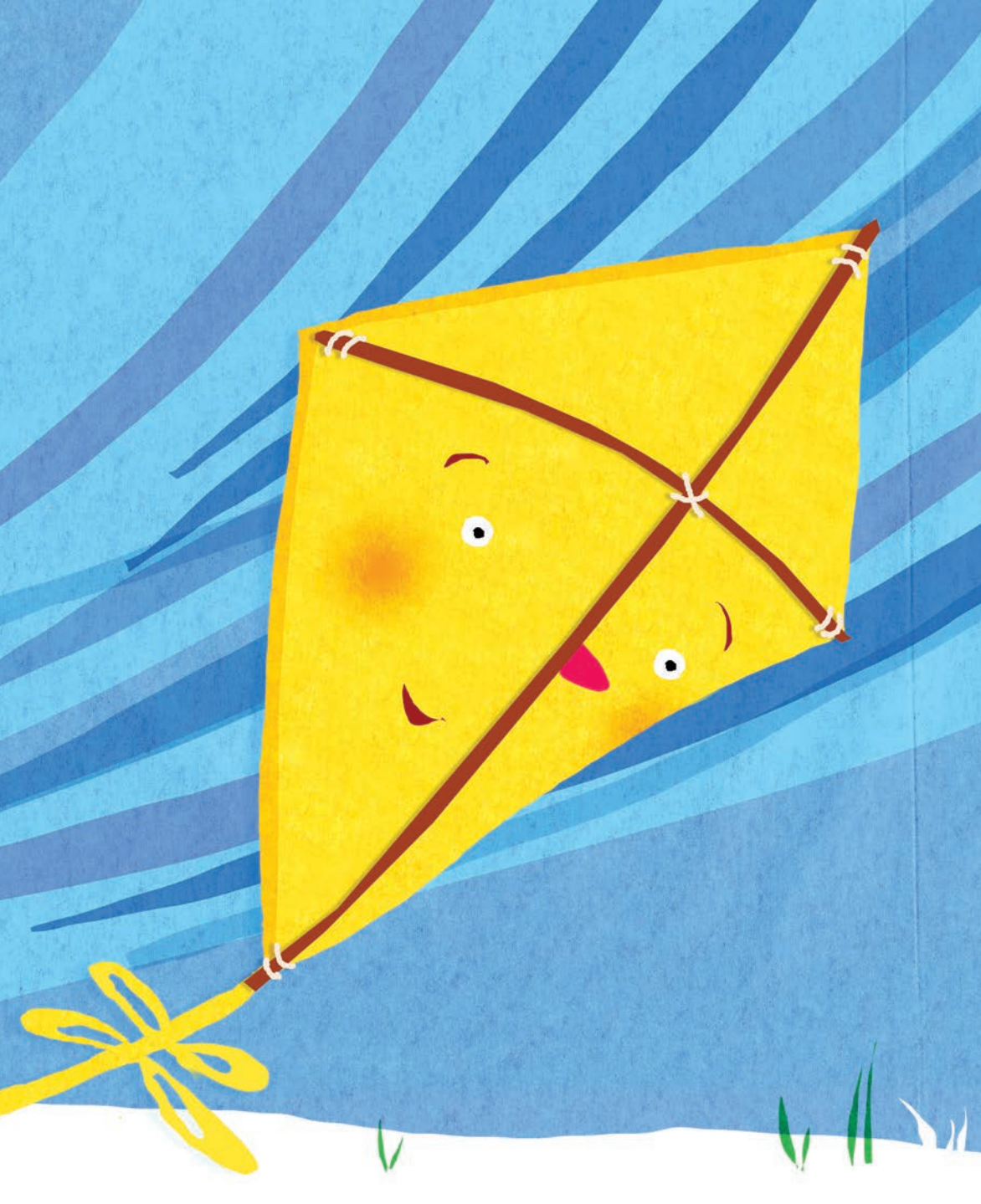
A su alrededor revoloteaban mariposas de alas blancas como la risa, amarillas como los girasoles, azules como las gotas del cielo.





De pronto, el papalote empezó a elevarse.
—Adiós, adiós —le dijo a la lagartija—. Adiós
—les dijo a las flores—, me voy a conocer
el mundo.

Subió agitando su cola en señal de despedida.
—Adiós —le gritó a un gorrión mientras
seguía su vuelo.



Miró hacia abajo y vio todo muy pequeño:
las plantas y las flores se habían convertido
en manchones verdes, a veces salpicados
por puntos de colores como confeti.



El diminuto sonido de las campánulas y el aleteo de los insectos se perdió allá lejos conforme el papalote se elevaba.

